

DONDE APARECE MARC

Marc era un cazador de imágenes. Le gustaba recorrer la ciudad. Cuando encontraba algo digno de dibujarse, se sentaba cómodo y trataba de reproducirlo sobre el papel.

Le faltaba para ser un dibujante completo, pero se las arreglaba bastante bien. Trabajaba en un taller de litografía desde que tenía memoria. Cuando era más chico, preparaba las tintas y pulía las piedras para la máquina. Ahora que tenía trece años, Philippe lo dejaba calcar los dibujos que conseguía de Europa.

Ese 27 de marzo Marc fue con su carpeta hasta la ribera del río.

Eran los primeros días de otoño pero todavía hacía calor. El sol estaba por salir y algunos

pescadores ya tendían sus redes en el agua marrón. Los changadores hacían fuegos en la playa para tomarse unos mates antes de que vinieran los barcos.

Marc se sentó en la orilla y bocetó la línea del río. Soñaba con describir a Buenos Aires con un dibujo genial, que todo aquel que lo viera lo identificara enseguida con la ciudad.

Pero Buenos Aires no se lo hacía fácil. Sus paisajes eran todos chatos, iguales, deprimentes. Apenas la punta de alguna iglesia levantaba un poco el caserío.

A la orilla llegaron unas lavanderas y lo miraron mal. Marc las conocía: antes del bloqueo charlaban con él y le convidaban galleta.

—Yo no sé qué se les perdió por acá a estos franceses —dijo una mientras desarmaba su atado de ropa sucia.

—No tienen vergüenza. ¿Por qué no se vuelven a su país? —dijo otra en voz muy alta, como para que Marc la oyera.

El muchacho se levantó, cerró su carpeta y abandonó a paso lento la ribera.

La gente de Buenos Aires no quería mucho a los franceses. Francia había estado bloqueando el puerto dos años largos y la economía se había venido a pique.

Lo que no sabían las lavanderas es que el taller de litografía también había andado mal. Philippe

estuvo a punto de cerrarlo porque no les llegaban pedidos y no conseguían repuestos para la máquina.

Por suerte Rosas había arreglado con los franceses. Todo había vuelto más o menos a la normalidad, aunque ellos todavía no podían salir de la crisis. Hasta tomaron un encargo de la Iglesia de la Piedad para hacer estampitas de santos, a pesar de que Philipe era un ateo rabioso.

Marc cruzó la Plaza de la Victoria mientras el sol asomaba a pleno y las campanas de la Catedral daban las siete.

Llegó al taller. En la fachada había un cartel en donde se leía:

Casa Ledoux
Litografías y retratos

Marc entró y puso a hervir agua para hacer el café.

El viejo Philipe ya estaba preparando la máquina. Su cara de maestro de escuela todavía tenía rastros de sueño.

—*Et toi?*¹ No son tiempos estos para andar callejeando.

Parecía de mal humor. Marc le alcanzó la jofaina y un pedazo de jabón. El viejo se lavó la cara y se secó con un trapo.

1 En español, «¿Y tú?».

—Rosas nos mandó a llamar a su despacho —dijo.

Marc tuvo un momento de sorpresa. Rosas era el hombre más poderoso de la Confederación.

—*C'est vrai.*² Rosas nos citó hoy a la una menos cuarto, en su casa de la calle de la Biblioteca.

—¿Por qué? ¿Hicimos algo malo?

Philippe no contestó. Le acercó un papel con un sello del gobierno.

—Lee tú mismo.

Marc leyó. Su cara, mientras leía, se iba llenando de esperanza.

—Quieren abrir la Imprenta del Estado... Es una buena noticia, nos ofrecen empleo...

Philippe suspiró.

—Esperemos.

Tomaron el café de parados y empezaron a trabajar en las estampitas.

A las doce cortaron todo y se prepararon para asistir a la cita con Rosas.

Marc se puso su mejor camisa, su chaleco, sus pantalones sanos y sus alpargatas. Se peinó el pelo rubio y se miró en el espejo. Le estaban saliendo unos granitos en la frente.

Philippe se afeitó y se puso el chaleco color borravino.

—Ese tiene manchas de tinta —le recordó Marc.

² En español, «Es cierto».

Era verdad. El viejo se lo cambió por otro, de color arena, que le quedaba un poco chico. Después ordenó sus mejores muestras en papel filigranado en un cartapacio de cuero.

Marc tomó su sombrero y su carpeta de dibujo. Salieron a la calle bajo el rayo del sol del mediodía.

Caminaron hasta la calle de la Biblioteca. En una esquina estaba el caserón colonial, la residencia de Rosas en la ciudad.

Dos vigilantes de la policía, con sus uniformes rojos, custodiaban la puerta.

—Quién vive —dijeron, anteponiendo sus fusiles.

El viejo les mostró la carta con el sello del gobierno.

—¿Quién los citó? —los interrogó el vigilante más joven. Era morocho, de bigotito fino y cuidado.

—El gobernador Rosas.

El vigilante del bigotito los estudió con sorna.

—Adelante —dijo al fin, con una sonrisa torcida.

Philippe llamó. Les abrió la china Lorenza, una muchacha de unos 20 años.

Lorenza los hizo entrar a la antesala, que parecía el escenario de un teatro.

Tenía cortinas espesas de color rojo en la ventana. El tapiz de las paredes era rojo también, como rojas eran las alfombras y las carpetas de las mesitas esquineras.

La china los invitó a sentarse en unos sillones de damasco rojos, para variar. Y enseguida regresó con la orden de dejar entrar solo a Philippe.

—Espérame aquí. Conseguiremos el empleo —le dijo el viejo a Marc antes de entrar.

El chico asintió y se quedó solo en la antesala.

En una esquina, contra la pared, descubrió una vitrina con porcelanas. Exponía un juego de té: en cada tacita podía verse una miniatura pintada con la carita de Rosas y la de su mujer.

Marc se acuclilló junto a la vitrina para estudiar los dibujos. Eran muy finos, de líneas puras.

Tan entretenido estaba con las miniaturas que no advirtió que Lorenza había hecho pasar a alguien más.

Era una chica negra, delgada pero llena de energía. Su pollera roja y su blusa blanca lucían impecables, como recién lavadas. Su pelo estaba cubierto con un pañuelo y llevaba una canasta. Parecía tan fina, tan bien plantada, que Marc se incorporó y le hizo una reverencia.

La recién llegada lo miró de arriba abajo. Lorenza soltó una risita:

—¡Hay que ver qué modales se gastan en la Francia! —comentó divertida.

Marc se puso rojo, haciendo juego con las paredes y el piso.

La chica de la canasta era más joven que Lorenza, casi de la edad de Marc, pero aun así retó a la china con autoridad:

—No embromés, Lorenza. Avisale a la niña que llegué.

—No te enojés, Rufina. Ya voy.

Lorenza se volvió para la casa y los dejó solos.

La llamada Rufina se sentó en un sillón de damasco, cuidando de no arrugarse la falda.

Marc no sabía bien qué hacer, así que terminó sentándose junto a ella.



Léauté

Coquelicot Ponceau